

¿QUE ES LO QUE MÁS ADMIRO EN FREUD?

J.-D. NASIO

Un siglo y medio –¡y qué siglo! – nos separa del nacimiento de Freud. Un siglo es mucho tiempo; mucho tiempo para la historia, para la ciencia y para las técnicas. Mucho también para la vida. Y, sin embargo, es muy poco para nuestra joven ciencia, el psicoanálisis. Reconozco que el psicoanálisis no progresa a la manera de las disciplinas científicas y sociales. El psicoanálisis se ocupa de cosas simples, muy simples, que son también inmensamente complejas. Se ocupa del amor y del odio, del deseo y de la ley, del sufrimiento y del placer, de nuestras palabras, de nuestros actos, de nuestros sueños y fantasías. El psicoanálisis se ocupa de cosas simples y complejas, pero eternamente actuales. Se ocupa de todo esto no sólo utilizando un pensamiento abstracto, sino también a través de la experiencia humana de una relación viviente entre dos partenaires, analista y analizante, en interacción permanente.

Pero un siglo y medio, insisto, es mucho. Y en el curso de estos ciento cincuenta años, los problemas tratados por el psicoanálisis han sido conceptualizados desde distintas perspectivas. La experiencia siempre singular de cada cura analítica impone, en efecto, al analista el compromiso de pensar y adaptar cada vez diferentemente la teoría que justifica su práctica. Sin embargo, un hilo inalterable entretejido por los principios fundamentales del psicoanálisis atraviesa el siglo, ordena la pluralidad de las corrientes analíticas y asegura la unidad de la teoría. Estos principios, resumidos, comentados y reafirmados en innumerables ocasiones y por innumerables autores, pueden sintetizarse en una sola pregunta que será mi pregunta, una pregunta simple y vibrante: ¿Qué es lo que más admiro en Freud? He aquí la pregunta que me ha acompañado estos últimos días mientras escribía estas líneas destinadas a *iPsi*. Me pregunté sin cesar qué era lo que me asombraba más en Freud, lo que vivía de él en mí, en el trabajo con mis analizantes, en la reflexión teórica que orienta mi escucha, y en el deseo que me anima de transmitir y de hacer existir el psicoanálisis tal como existe en este instante en el que usted lee este texto.

Lo que más me asombra en Freud, lo que en su obra me remite a mí mismo y que imprime a la obra su actualidad viviente, no es su teoría, de la que empero, me sirvo continuamente, ni siquiera su método, que aplico en mi práctica. No. Lo que me maravilla cuando leo a Freud, cuando pienso en él, es su fuerza, su locura, su fuerza loca y genial de querer descubrir en el interior del otro las causas de sus actos, el querer encontrar la fuente originaria que anima a un ser humano. Sin duda, Freud es ante todo una voluntad, un deseo empeñado de saber, pero su genio está en otra parte. El genio es otra cosa que la voluntad o el deseo. El genio de Freud es haber comprendido que para captar las causas primeras que animan a un ser, que animan a ese otro que sufre y que nos habla, es necesario en primer lugar y por encima de todo descubrir esas causas en uno mismo, volver a uno mismo. Rehacer en sí –sin perder el contacto con aquel que nos habla– el camino que va de nuestros propios actos a sus causas. El genio no reside, pues, en el deseo de develar un enigma, sino en prestar el yo propio a ese deseo; en hacer de nuestro yo un instrumento, el

instrumento capaz de revelar el origen del sufrimiento del paciente. Aquí tendría que hablar no del “yo” sino del ***inconsciente instrumental del psicoanalista***. En efecto, tengo la convicción que el psicoanalista trabaja no tanto con su yo, sino con su inconsciente, no con su inconsciente “personal” sino con su inconsciente profesional, inconsciente muy particular que califico de “***instrumental***”. La voluntad de saber, tan tenaz en Freud, conjugada con esa humildad excepcional de utilizar su inconsciente para entrar en el otro, es lo que admiro tanto y de lo que jamás sabré dar cuenta plenamente con palabras y conceptos. El genio freudiano, como todo genio, no se explica ni se transmite y, sin embargo, está concretamente presente en todos los psicoanalistas que se abren a la escucha del lenguaje verbal y no verbal de sus pacientes. El genio freudiano es el salto que todo analista está llamado a realizar en si mismo, dentro de si mismo, cada vez que presta su inconsciente instrumental para escuchar el inconsciente de su analizante.